

jorge Velarde

////////// INÉS M. FLORES //////////

Lo que conmueve en Velarde es la contradicción entre su carácter tímido y una existencia luchadora. En su pintura, eso se refleja en matices que enfrentan tenazmente una obra que bordea el misticismo con violentos arrebatos de rebeldía. La fuerza, la pasión de su obra, tiene mucho de su egocentrismo y también de su vanidad. Pero en el fondo, siempre aparece el Velarde tímido, aquel que ha señalado: "Reelaboro lo que veo y lo hago como mejor puedo; si no lo hago mejor, es porque no puedo hacerlo".

Nacido en Guayaquil en 1960, el cuarto de ocho hermanos de una familia tradicional. Se educó en el colegio Cristóbal Colón y más tarde ingresa al colegio de Bellas Artes Juan José Plaza de la ciudad de Guayaquil (1975 - 1979). Era un alumno diferente, cuya capacidad fue reconocida por sus propios compañeros. Excelente dibujante, colorista, escenógrafo, se distingue fundamentalmente por sus propuestas nuevas, por su experimentación que buscaba romper los moldes de una mediocridad institucionalizada.

Velarde deja pronto atrás su primera etapa figurativa de Bellas Artes. Sin embargo en sus naturalezas muertas y retratos queda una temprana impronta de un estudio certero del color y del volu-

DER.: "Mujer", óleo sobre cartón, 100 x 70 cms.

Fotos Paul Marggraff





men, que más tarde configurarían su particular estilo.

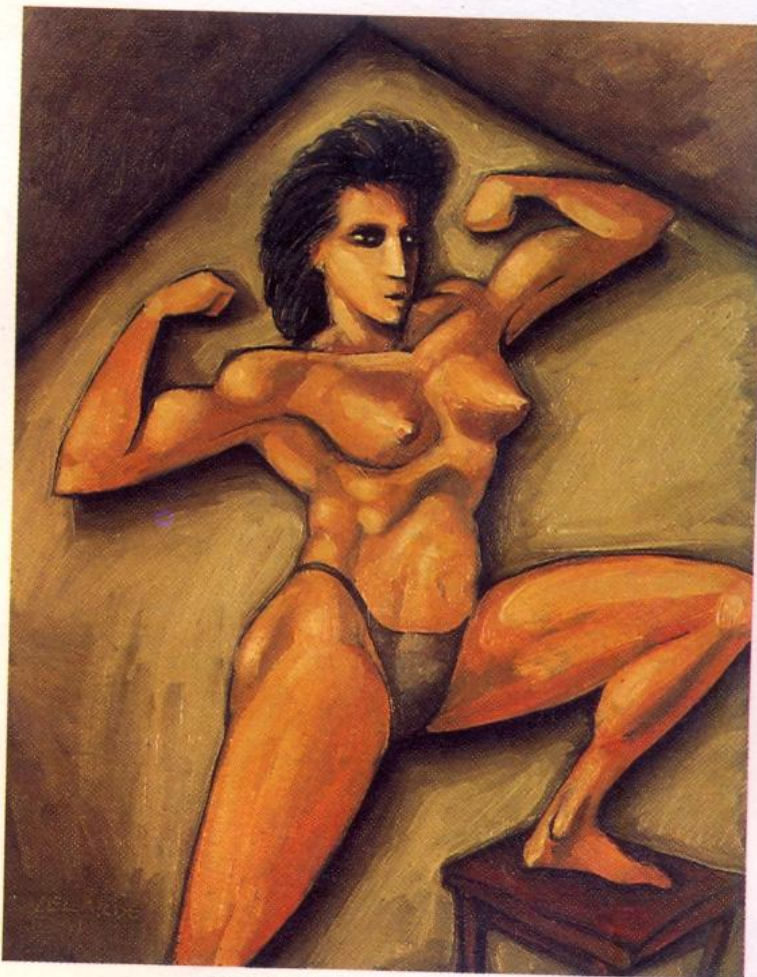
En Velarde, mucho más que en sus congeneracionales, es importante definir el entorno que propicia la realización artística, pues mucho del creador, de su espíritu, de sus sueños y frustraciones se expresa en su trabajo.

Aproximarse a Velarde no es fácil, por la timidez extrema, que llegó a límites aberrantes en su adolescencia. De ese período de soledad dolorosa, se decanta su vocación hacia la pintura, la pasión que domina su vida.

Muy joven, conforma un grupo de trabajo con otros pintores noveles: Pedro Dávila, Flavio Alava, Javier Patiño y Marcos Restrepo, para pintar por la libre en los astilleros del río Guayas. En actitud de franca rebeldía, sin reales contenidos, especialmente contestataria, el grupo pretendía crear, sin una propuesta estética formal. Era una actitud de contrapunto a lo que realizaba la agrupación **Las Peñas**, haciendo lo mejor que podían, sin comercializarse.

LA ETAPA DEL TALLER

En los primeros ochentas, Velarde forma parte de Artefactoría, que congregó a la mayoría de los artistas conceptuales guayaquileños: Alava, Cuesta, Patiño, Restrepo, Velarde. La libertad es el faro que ilumina sus pasos. Libertad factual y conceptual. No solamente hacer lo que quieren, sino también, de la forma que lo quieren. No hay limitación para la expresión, ni para la técnica.



PAG. ANT.: "Mujer", óleo sobre cartón, 100 x 70 cms,
ARRIBA: "Desnudo", óleo sobre cartón, 27 x 20 cms.,
SIG. PAG.: Sin título, óleo sobre cartón, 100 x 70 cms.

Las obras de Velarde en esta etapa son complejas, producto de una ruptura real entre lo instintivo y la elaboración intelectual. No obstante, la etapa le deja algo valioso: la incorporación en su temática de factores propios de la iconografía religiosa.

En su primera exposición exhibe el cuadro *San Pedro y la mosca*. Representa al personaje bíblico con cabello largo y una mosca en la mejilla. Casi, casi, en el lugar en que Velarde tiene un lunar. ¿Coincidencia? ¿Casualidad? ¿O acaso pudor de crear un auténtico autorretrato? Este ejemplo marca en todo caso el inicio de un proceso que lleva al autor a una etapa de hondo misticismo, de características tan peculiares que le convierten en un caso único en el Ecuador.

Jorge Velarde, interesado en la experimentación, utiliza en esa época los elementos más extraños como soporte, incluso bancos de madera o tablas de picar. Al mismo tiempo participa con asiduidad en exposiciones colectivas y salones nacionales. Incursiona en la fotografía con el mismo espíritu inquisitivo y logra adentrarse en los secretos de la comunicación gráfica de la mano de César Franco y Andy Holst. Llega a construir su propia ampliadora, para no utilizar equipo de fábrica.

Estos empeños no le impiden dedicar la mayor parte del tiempo a pintar. Lentamente ha ido derivando hacia el hiperrealismo buscando un juego conceptual. "Es la invitación al espacio ilusorio", señala Hernán Rodríguez Castelo al referirse

a su obra *Dentre, no más* (técnica mixta sobre masonite) que presentara al Salón Nacional Vicente Rocafuerte en 1983 y con la cual obtuvo su primera mención. Su puerta, que no es cosa la obra aludida, se desarrolla en un espacio de lectura visual fidedigna hasta el estupor, que permite al espectador ingresar al laberinto transparente de la realidad.

Pero no solamente juega la carta de ese realismo transparente sino que utiliza el arma de la sátira para construir universos paralelos, irreverentes casi. Así en su obra *M & M*, presentada a la exposición Arte Sacro Contemporáneo del Ecuador (1985), relaciona al Hermano Miguel santificado poco antes, con la imagen del ratón Mickey estampado en camisetas. Místico e irreverente a la vez, el arte de Velarde toma vuelos cada vez más altos.

ESTANCIA EN ESPAÑA

Mientras consolida su carrera, Velarde siente el ansia corrosiva de adquirir más conocimientos. La experimentación ha sido buena, pero insuficiente. Buscando nuevas metas llega a España. Vive en Madrid por dos años, desde 1985, dedicado febrilmente a estudiar cine. Su experiencia cinematográfica es valiosa: participó en el rodaje de tres cortometrajes de 36 milímetros y otros tres de 16 milímetros. El lenguaje cinematográfico le aporta nuevas perspectivas para su pintura: encuadres, iluminación, ángulos, distorsiones, etc. A ello se añade un amor no interrumpido por los géneros del comic y los dibujos animados que de alguna manera aportan continuidad a sus experiencias.

Sin embargo, en la etapa española pinta poco. El período le aporta más bien en experiencias personales y en una insaciable búsqueda en la cual tiene no poca influencia su

pertinaz intención de contemplarlo todo, de analizarlo todo. Visita sin descanso museos y galerías en Europa, e insensiblemente se libera de fantasmas interiores que le impedían dejar salir libremente todo su arte contenido.

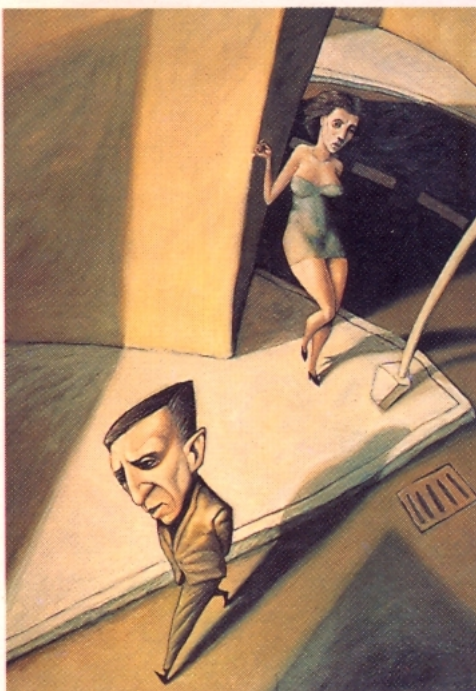
Esta búsqueda de un hacer más personal deviene en una transfiguración: reinventa su propia imagen, crea una iconografía propia, con San Jorge como forma central.

SAN JORGE

El Velarde que retorna al Ecuador es otro, se ha transformado en "San Jorge", como lo llaman algunos amigos. Retorna convencido de su capacidad como pintor y, al mismo tiempo, de que el objeto de su creación es la figura humana, el hombre en cuanto figura reconstituible, producto de una necesaria transitoriedad.

Se centra en el retrato, en el autorretrato. Pero no como una simple interpretación de la realidad, sino como una figura alquímica, que necesariamente refleja una vida interior que se transparenta en la tela. Se acerca así a uno de los grandes temas de la pintura universal, pero con su particular acento.

Desde entonces, Jorge Velarde ha pintado una veintena de versiones de San Jorge. Casi siempre con lentas y estudiadas pinceladas, buscando descubrir en un acto singular, las poderosas fuerzas contenidas en el quehacer del artista. Cada trazo tiene algo que decir al espectador y Velarde lo sabe, por eso es tan perfeccionista en los detalles. Sus obras le toman mucho tiempo: analiza cada pincelada y muchas veces -insatisfecho de su trabajo- borra lo pintado, corrige, esboza, vuelve a corregir, repinta, cambia. A veces las diferencias son tan sutiles que hasta para un ojo entrenado podrían pasar inad-





IZQ.: "Bebedora de cerveza", óleo sobre cartón, 73 x 55 cms, DER.: "Autorretrato", óleo sobre cartón, 27 x 20 cms.

vertidas, pero el artista está convencido de la intencionalidad del color, de la absoluta necesidad de un toque más de luz.

El motivo obsesivo de su pintura tiene que ver, extrañamente, con su profunda vinculación telúrica. "Viviendo en España, lejos de mi país -dice Velarde- me pinté a mi mismo y de esa manera me sentí más enraizado que nunca con el Ecuador. Traté de hacer otras cosas y no resultó, descubrí la ambivalencia del bien y del mal: San Jorge y el dragón, la parte dual que todos tenemos."

Como el artista es muy especial, sacralizó su actitud y se autobeatificó, transmutándose a sí mismo, en un acto de poderosa fuerza creativa. Desde entonces Velarde es actor y motivo de su creación. Su intensa originalidad radica en una propuesta valiente y desmitificadora.

Velarde asimila y modifica, descompone y recompone las imágenes, en un acto de derroche visual, intensamente personal y al mismo tiempo ambicioso: una propuesta actual que busca integrar el legado pictórico de los grandes maestros.

Sus personajes son siempre reconocibles, su presencia es intensa. Su pintura se vuelve entonces densamente concreta, real y mística a la vez.

Los espacios se aquietan en sus telas, se vuelven recintos cerrados, ambientes propicios para la meditación. La luz entonces juega un papel preponderante, confiere hondo dramatismo a la figura, le otorga especial intensidad plástica. El color -conjugado en tonos profundos- es un referente matérico, hondamente textural y claramente expresivo. El pintor trabaja en dos planos que se conjugan: el mensaje matérico referencial y el mensaje estético emotivo.

Este pintor de personajes místicos, que a la vez es un hombre de profunda personalidad religiosa, sigue siendo un creador contradictorio. Su timidez es real, perceptible. Su sensibilidad está a flor de piel. Es un pintor joven, uno de los grandes valores del nuevo arte guayaquileño. Su trabajo ha sido reconocido casi unánimemente por la crítica; sin embargo, el único premio que tiene es el del Salón de Octubre de 1990. Ahora, los rechazos ya no le afectan, se ha acostumbrado. A lo más, le sirven como acicate para seguir creando esa obra suya tan personal, única. Esos San Jorges que no solamente plasman toda su sensibilidad y calidad plástica, sino también le sirven para incrementar las pinacotecas de otros y su propia *egoteca*. 